

UN MISTERIO DE LUZ

Queridos diocesanos:

El misterio del nacimiento de nuestro Salvador es tan extraordinario, que resulta difícilmente expresable en palabras. ¡Dios se ha compadecido del hombre y se ha querido hacer uno de nosotros! Nunca nos sorprenderemos lo suficiente ante este amor apasionado de Dios; nunca agradeceremos lo suficiente esta cercanía tan extraordinaria de Dios a nosotros.

Una imagen que ayuda a entender este misterio es la de la luz. Navidad es manifestación de Dios y de su luz en un niño, que ha nacido para nosotros. En la misa de medianoche escucharemos las palabras con las que Isaías anuncia la salvación: “el pueblo, que caminaba en las tinieblas, ha visto una gran luz” (Is 9, 1). Son unas palabras sorprendentes, si tenemos en cuenta que fueron pronunciadas cuando los ejércitos asirios estaban llegando a Jerusalén y sus habitantes estaban llenos de miedo. Pero el profeta no estaba pensando sólo en los acontecimientos inmediatos. La verdadera tiniebla del hombre es el miedo que un hombre tiene a otro y el miedo a Dios. Tiniebla es desconfiar de los demás y ceder a la competición desenfrenada, que no deja ver el rostro del hermano. Tiniebla es desconfiar de Dios, perder la fe en Él. Caminar en tinieblas es no saber a dónde se va, no saber dónde poner los pies, dónde poner la esperanza. La llegada del Mesías trae “una gran luz”; “una luz ha resplandecido para los que vivían en las tinieblas”, porque “nos ha nacido un niño”. Dios mismo ha brillado sobre el hombre con el nacimiento de Jesús. La luz de Dios es un niño.

Un mensaje parecido se puede encontrar en la narración del nacimiento según san Lucas. En medio de la noche, María dio a luz al Salvador, nos dio la Luz. Y a los pastores “la gloria del Señor los envolvió de claridad” (Lc 2, 9). Dios se hace presente para aquellos hombres sencillos y la luz les hace percibir algo de su misterio.

También San Juan entiende la encarnación como un misterio de luz. En el prólogo a su Evangelio dice que la Palabra de Dios, que se ha hecho carne, es luz y vida para los hombres, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (1, 9). El cuarto evangelio señala la posibilidad de rechazar esta luz, de preferir la tiniebla: “el mundo no le conoció” (1, 10); pero también subraya que, por la fe, el hombre puede participar de esta luz y recibir la posibilidad de nacer de nuevo para vivir como hijo de Dios.

¿Seremos capaces de acoger toda la luz de Dios esta Navidad? Para ello hemos de ponernos en camino para acercarnos al pesebre y dejar que ilumine nuestra vida. Es preciso dejar que el misterio de Navidad hable a nuestra vida y nos haga comprender los caminos de Dios. Finalmente, tenemos que ser portadores de esta luz para los demás. Los hombres necesitan la luz que viene de Dios, esa luz que de modo tan inesperado ha entrado en nuestra noche. Dios cuenta con nosotros para que la luz de Belén toque el corazón de muchos hombres.

Os deseo una feliz y santa Navidad. Que la luz de Dios penetre toda nuestra vida..